

HOMENATGE A
JORDI GARCÍA-SOLER

Recull
d'articles



Fundació
Rafael Campalans



El periodismo y sus víctimas

El País, 5 de marzo de 1999

Mucho se lleva dicho y escrito sobre el secuestro de Maria Àngels Feliu con toda su muy prolongada historia, con ramificaciones de todo tipo, desde las policiales hasta las políticas, pasando sobre todo por las mediáticas. ¿Por qué, pues, insistir en este tema? Porque el tratamiento informativo dado a este caso debería ser objeto de atención y, a ser posible, de profunda revisión para el futuro. Los periodistas, el conjunto de los profesionales de la comunicación, y creo yo que también la totalidad de la ciudadanía, deberíamos analizar y reflexionar sobre cómo determinadas conductas profesionales y ciertos tratamientos informativos están en abierta contradicción con los más elementales principios de la ética periodística. Josep Pernau, un periodista veterano al que uno ha tenido el placer de tener como maestro en la profesión y al tiempo como referente ético personal y periodístico, ha escrito un muy buen artículo en la revista médica Jano, bajo el título de Todos dañamos a Maria Àngels Feliu, en el que ha señalado que "con el chisme difamatorio en voz baja, que a veces contó con la caja de resonancia de cierta televisión irresponsable, todos pudimos contribuir a causar un daño que sólo la verdad ha podido reparar". Es ésta una constatación grave de unos hechos ciertos y que está claro que afectan a buen número de las informaciones dadas sobre el secuestro de Olot durante los cinco últimos años, no sólo por algunos medios de comunicación que por lo general tienden al amarillismo y al sensacionalismo de la peor especie, sino también por otros que se precian de rigurosos. Deberíamos reflexionar sobre ello. Deberíamos hacerlo también sobre cómo se informa con todo tipo de datos, por más escabrosos y poco o nada ciertos o comprobados que puedan ser, sobre tragedias humanas que afectan a personas y familias concretas, por ejemplo con motivo de la muerte de José Agustín Goytisolo o del fallecimiento de un par de muchachas halladas hace pocas semanas en un piso de Sant Andreu, y al mismo tiempo se silencian u ocultan las causas reales de la muerte de algún que otro famoso, tal vez porque se trata de un mito popular a quien se considera intocable. De forma deliberada, premeditada y consciente en no pocos casos, de modo inconsciente, imprevisto y en definitiva irresponsable en muchos otros, los periodistas, los profesionales de la comunicación, tenemos una participación directa en la creación de determinados estados de opinión que coadyuvan a hacer posibles auténticas y reales tragedias, verdaderos dramas humanos con protagonistas concretos, víctimas directas de la dictadura impuesta por la sociedad de titulares en la que vivimos inmersos. Parecen ser éstos malos tiempos para la ética profesional de los periodistas y, en general, de todos cuantos trabajamos en los medios de comunicación. Cuando la información se mercantiliza al máximo, cuando lo único que realmente importa es el espectáculo mediático que da buenos niveles de audiencia o el amarillismo que produce buenas ventas, el periodismo puede ser también uno de los responsables de auténticas y concretas tragedias humanas. ¿Cuál será la próxima? Depende, sin duda, de los periodistas, pero también del público y de su capacidad de rechazar cierto tipo de periodismo y de exigir auténtica información de calidad. Porque también el público tiene su propia responsabilidad, ya que la oferta de basura periodística responde, al menos en parte, a la demanda de periodismo basura.

Carta a Joan Reventós

El País, 30 d'octubre de 2005

Querido y añorado Joan:

Desde que nos dejaste, el 13 de enero de 2004, han ocurrido muchas cosas en nuestro país. En estos dos últimos años hemos vivido todo tipo de acontecimientos políticos, que a buen seguro te habría gustado mucho vivir. Nos dejaste coincidiendo casi con el acceso, ¡al fin!, de un socialista a la presidencia de la Generalitat, algo de lo que el propio Pasqual Maragall te quiso informar personalmente. La formación de un Gobierno de la Generalitat como el actual, un Gobierno catalanista y de izquierdas, es el que te hubiera agradado poder formar en 1980, pero la primera victoria de CiU y la falta de disponibilidad de los aliados necesarios te impidió hacerlo. A pesar de los inevitables problemas que siempre implica todo gobierno de coalición, se han producido ya importantes cambios en Cataluña: no sólo se ha roto la inercia del casi último cuarto de siglo de los sucesivos gobiernos presididos por Jordi Pujol, sino que se han puesto en marcha ya políticas progresistas que atienden las nuevas demandas de la sociedad catalana.

La experiencia de Joan Reventós contribuiría a negociar y pactar sin tener que renunciar a lo irrenunciable

Todo ello se ha hecho con un nuevo Gobierno en España, presidido de nuevo por un socialista, José Luis Rodríguez Zapatero, que en las Cortes cuenta con el respaldo no sólo de los parlamentarios socialistas sino también los de otras formaciones políticas progresistas como IU, ERC, ICV, BNG, CHA... Ignoro si llegaste a conocerle personalmente, pero estoy seguro que te habría gustado mucho cómo gobierna Rodríguez Zapatero, lo que denomina su talante, muy cercano a tu modo de ser, sin aspavientos ni solemnidades, desde la moderación pero con la defensa radical de sus convicciones. Su triunfo electoral, el 14 de marzo de 2004 -esto es, un par de meses después de tu muerte-, se produjo tres días después de los brutales atentados del nuevo terrorismo internacional en Madrid, que el Gobierno del PP intentó instrumentalizar al servicio de sus intereses partidistas. La primera medida tomada por Rodríguez Zapatero como nuevo presidente del Gobierno fue ordenar la retirada inmediata de las tropas españolas desplazadas a Irak, haciendo así honor a su compromiso electoral al respecto. El respeto a la palabra dada ha sido la constante de Rodríguez Zapatero en sus primeros 20 meses al frente del Gobierno, y así, por ejemplo, anuló el Plan Hidrológico Nacional, reconoció plenos derechos civiles a homosexuales y lesbianas y dispuso el retorno de todos los documentos que habían sido incautados por el franquismo en Cataluña y que han permanecido como botín de guerra en Salamanca.

El PSC, que en el último ciclo electoral volvió a ser el partido que más votos obtuvo en todos los comicios, contribuyó de forma decisiva a la victoria del PSOE en las últimas elecciones generales. Tú, que sin duda fuiste quien más y mejor trabajó en la difícil construcción de este partido, estarías orgulloso al ver cómo se ha convertido en lo que ahora es, fiel reflejo y crisol de la realidad actual de la sociedad catalana, mucho más compleja y diversa de lo que muchos pretenden. Con Pasqual Maragall como presidente y Pepe Montilla como primer secretario - cargos que compatibilizan con los de presidente de la Generalitat y ministro de Industria, respectivamente-, con Manuela de Madre como vicepresidenta, con Miquel Iceta como viceprimer secretario, con Pepe Zaragoza como secretario de Organización, con todo un equipo de dirigentes de toda edad y procedencia, éste es el PSC que siempre soñaste. Un PSC que por

vez primera gobierna no sólo en los más importantes municipios de Cataluña y también en el Gobierno español, sino también en el Gobierno de la Generalitat.

Y así, Joan, llegamos hasta la reciente aprobación del nuevo proyecto de Estatuto de Autonomía de Cataluña. Lo aprobó una muy amplia mayoría -120 síes de CiU, PSC, ERC e ICV frente a 15 noes del PP-, en ese Parlament que tu presidiste en tu último mandato como diputado. En poco más de año y medio del Gobierno tripartito de la Generalitat presidido por Pasqual Maragall se ha conseguido elaborar un proyecto de nuevo Estatuto, cuando en casi un cuarto de siglo de gobiernos de CiU ni tan sólo se intentó. Fue necesaria una larga y difícil negociación, que ha dado como resultado final un texto excesivamente detallado y prolijo, y por encima de todo muy polémico, puesto que en no pocos aspectos bordea e incluso puede que desborde los límites de la Constitución.

Ahora, Joan, nos encontramos ante una gran oportunidad histórica que no podemos desaprovechar. Difícilmente tendremos otra oportunidad similar en mucho tiempo, con un Gobierno español que quiere avanzar en la construcción de la España plural, de esa España federal que siempre defendiste. Si siempre se te encuentra mucho a faltar, tu ausencia es ahora mucho más clamorosa y dolorosa, porque tu experiencia política contribuiría sin duda a establecer los necesarios puentes de diálogo, a saber negociar y pactar sin tener que renunciar a lo irrenunciable, como pretenden desde las filas del PP y como exigen desde los altavoces desde el españolismo más rancio, en ocasiones incluso desde algunos sectores del PSOE. Tal vez tú podrías convencerles.

Esto es todo por ahora, Joan. Cuánto siento que mi carta no pueda tener ya tu respuesta. Un abrazo.

Maria del Mar Bonet critica el mal trato de la Generalitat a la Cançó en el homenaje a Els Setze Jutges

El País, 14 de abril de 2007

Han tenido que pasar más de 45 años desde la fundación de Els Setze Jutges para que este grupo de cantautores, pionero de la Nova Cançó, recibiera por fin un reconocimiento institucional. Lo recibió ayer en la sede del Parlamento de Cataluña, que en acto público otorgó a sus 16 miembros -Miquel Porter (fallecido), Remei Margarit, Josep Maria Espinàs, Delfí Abella (fallecido), Francesc Pi de la Serra, Enric Barbat, Xavier Elies, Guillermina Motta, Maria del Carme Girau, Joan Ramon Bonet, Martí Llauredó, Maria Amèlia Pedrerol, Joan Manuel Serrat, Maria del Mar Bonet, Rafael Subirachs y Lluís Llach, así como a Lluís Serrahima, uno de sus impulsores- la Medalla de Honor otorgada por la cámara en su máxima categoría.

A pesar de la importancia de este tardío reconocimiento institucional, en el acto de ayer se hizo patente, primero en la intervención de Mònica Terribas como glosadora de la importancia del grupo y luego también en palabras del presidente de la cámara, Ernest Benach, la queja por la marginación de que ha sido objeto y víctima la Nova Cançó desde el restablecimiento definitivo de la Generalitat. No obstante, fue Maria del Mar Bonet quien, al agradecer el galardón recibido en nombre de sus compañeros presentes o representados en el acto -todos con la única excepción de Guillermina Motta, que no quiso asistir al mismo-, formuló una muy dura crítica al mal trato dado desde la Generalitat, y en especial desde los medios de comunicación de titularidad pública, a la canción catalana. La reivindicación de Maria del Mar Bonet fue refrendada por todos sus compañeros y por todo el público con una cálida y entusiasta ovación.

Alguien debía decirlo

El País - 18 de junio del 2011. 00:00

Los incidentes del miércoles junto al Parlament son de una gravedad extraordinaria. La agresión verbal y física a los diputados, representantes legítimos de la ciudadanía, es algo completamente inadmisibile. Es un atentado contra la esencia misma de la democracia. La crítica unánime de estos hechos está, pues, más que justificada. Habría estado bien, no obstante, que esta crítica unánime se hubiera producido también cuando, el 30 de mayo de 1984 y coincidiendo con la segunda investidura de **Jordi Pujol** como *president*de la Generalitat, ante las puertas del mismo Parlament varios diputados del PSC y otros dirigentes y militantes socialistas fueron objeto de violentas agresiones físicas y verbales por parte de numerosos ciudadanos reunidos para asistir a una manifestación a favor de **Pujol**.

Alguien debía decirlo, y **Luis Mauri** nos lo recordaba ayer en este diario, refrescando la memoria de quienes ahora, con toda la razón, se rasgan las vestiduras pero no se escandalizaron ante aquellos hechos de 1984. Yo los viví y sufrí personalmente, en concreto a la salida del Parlament del entonces primer secretario y candidato del PSC a la presidencia de la Generalitat, **Raimon Obiols**. Especialmente él, pero también quienes salimos con él, fuimos abroncados, insultados, amenazados y golpeados. También lo fueron el entonces alcalde de Barcelona, **Pasqual Maragall**, y otros diputados socialistas como **Lluís Armet**, entre muchos otros. Aún recuerdo muy bien aquellos gritos de «¡Matadlo, matadlo!», dirigidos concretamente contra **Obiols**. Y también que dentro del Parlament quienes velaban por el orden interno no eran mossos sino un grupo de personas con brazaletes del servicio de orden de CDC que una vez acabada la sesión de investidura se unieron a la manifestación a favor de **Pujol**, que acabó ante el Palau de la Generalitat.

Alguien debía decirlo, y este diario lo hizo ayer. Conviene no olvidar que el inadmisibile y reprobable ataque sufrido por el Parlament este 15 de junio tiene un precedente al menos tan grave: aquel de 1984 ante la complicidad, o al menos la pasividad silenciosa, de muchos de los que ahora se escandalizan con toda la razón. Pero esta razón suya de ahora sería mucho más completa si en su momento hubieran condenado aquellos hechos con la misma dureza.

La primera redacción de 'Serra d'Or'

La Vanguardia, 13 de agosto de 2016

Con diecisiete años recién cumplidos, y poco antes de mi ingreso en la Escuela de Periodismo, conseguí mi primer lugar de trabajo. Estuve en la revista *Serra d'Or* como adjunto de redacción.

Serra d'Or era, entonces, la única revista autorizada escrita en catalán. Lo editaba la Abadía de Montserrat y tenía como director a un monje, Maur Maria Boix, aunque quien llevaba el peso de la redacción era Antoni de Rosselló, un joven enfermizo que murió de forma prematura, y fue sustituido por Jordi Sarsanedas. También trabajaban en la publicación Eduard Artells, veterano corrector de una ortodoxia fabriana estricta, el joven compaginador Ferran Javaloyes, y en tareas de gerencia Jordi Úbeda, además de Ramon Torruella, autor del texto de *La Passió d'Esparreguera* y que era el hombre de los encargos en aquella primera redacción de *Serra d'Or*.

El local no era ni un piso, tan sólo un par de habitaciones realquiladas en un piso de la calle Banys Nous. Al cabo de unos meses nos trasladamos a un grande, al principio de la avenida de la República Argentina, propiedad de los monjes de Montserrat, algunos de los cuales se hospedaban en otro piso del edificio cuando venían a Barcelona. En esa época Eduard Artells ya tenía a un ayudante como corrector, Àlvar Valls, poeta incipiente, nacionalista ardiente y que el año 1977 fue condenado como participante en el asesinato del industrial Josep Maria Bultó.

Serra d'Or nació como publicación montserratina de la fusión, en 1959, de la revista del mismo nombre, editada por los trabajadores del monasterio, y *Germinàbit*, editada por los antiguos monaguillos de Montserrat. Con diseño de Jordi Fornas –responsable, también, del diseño de las portadas de discos de Edigsa, de los libros de Edicions 62...–, *Serra d'Or* contaba con colaboradores de gran nivel e ideológicamente muy diversos: además de monjes como Miquel Estradé o Evangelista Vilanova, entre otros también recuerdo a Joaquim Molas, Alexandre Cirici Pellicer, Joan Triadú, Pere Calders, Joan Oliver *Pere Quart*, Josep Maria Castellet, Oriol Bohigas, Miquel Porter-Moix, Jordi Carbonell, Xavier Fàbregas, Sebastià Benet, Joan Colomines, Antoni Maria Badia i Margarit, Maria Aurèlia Capmany, Francesc Vallverdú, Ernest Lluch, Albert Manent, Miquel Roca Junyent, Jordi Solé Tura, Montserrat Martí... Algunos de ellos formaban parte de un consejo de redacción que se reunía periódicamente y marcaba la línea de la revista, donde tenían un peso muy importante Josep Benet, Ramon Bastardas i Max Cahner.

Mi trabajo consistía en pedir, recoger y revisar los artículos de los colaboradores y los diseños de las portadas realizados por Jordi Fornas, hacer los trámites de censura presentando las galeradas en la delegación del Ministerio de Información y Turismo, atender las cartas de algunos lectores y redactar algunos textos e informaciones diversas.

Lo más interesante para mí era conocer y hablar con muchos de los mejores intelectuales catalanes de aquellos tiempos, casi todos los ya citados y también Salvador Espriu, Jordi Rubió, J.V. Foix, Carles Soldevila, Maurici Serrahima, Marià Manent, Ramon Aramon, Ricard Salvat, Manuel de Pedrolo, Jesús Moncada... En la primera redacción de la revista conocí a Jordi Pujol, que era visto como un héroe por todo el catalanismo de la época después de sus dos años y medio de prisión en Zaragoza y un año más de confinamiento en Girona.

La sonrisa irónica de Salvador Espriu

La Vanguardia, 20 de agosto de 2016

“Sujeto, verbo y predicado. Tenga mucho cuidado con los adjetivos; son como el aceite y la sal en la cocina: conviene no abusar, pero son necesarios”. Me lo comentaba Salvador Espriu durante nuestro primer encuentro en privado, en su despacho del paseo de Gràcia junto a la calle de Aragó, donde su hermano Josep lo había contratado como asesor legal de Asistencia Sanitaria Colegial (ASC) para que se pudiera dedicar a la creación literaria.

Yo había conocido a Salvador Espriu unos años antes. Mi padre me lo había presentado en un acto de la Escuela de Arte Dramático Adrià Gual, en la cúpula del Coliseum. Pero fue a partir de ese día, en el que yo osé pedirle que me recibiera porque quería saber cómo tenía que escribir, que inicié una relación personal con él que se prolongó hasta su muerte, veinte años más tarde.

Nos encontrábamos primero en sus despachos de ASC, poco después en sus sucesivos domicilios de los jardines pequeños del paseo de Gràcia, Salvador Espriu no sólo me recomendó algunas lecturas –sobre todo la Biblia y los clásicos griegos y latinos, además de *El Quijote*, entre otros–, sino que me sorprendió siempre por su curiosidad infinita y, mira por donde, por un sentido del humor finísimo, agudo, remachado a menudo por una sonrisa irónica, socarrona, como de niño travieso.

Espriu tenía una imagen pública de hombre triste, aislado, introvertido y con una concepción trágica de la vida, derivada tanto de las muertes de dos de sus hermanos, de su íntimo amigo Bartomeu Rosselló-Pòrcel y de sus padres, como de su siempre muy precario estado de salud. Pero en privado muy a menudo se convertía un hombre no ya curioso sino casi chismoso, que se interesaba por todo y para todo el mundo, que quería estar al corriente de las novedades sobre casi todo. A veces era yo quien lo llamaba para verlo, a veces era él, ya fuera con una de sus célebres tarjetas escritas –siempre con bolígrafo, con sus inconfundibles mayúsculas como de ala de mosca– o bien con una llamada de su asistenta. Una vez en su casa, las horas se escurrían sin que yo fuera consciente, bebiendo de su sabiduría y sensibilidad –y también de la copita correspondiente–, y yo le daba las informaciones que él me pedía. Sus comentarios ácidos y mordaces eran demoledores: “Este es un país pequeño y mezquino. Tan pequeño y tan mezquino –me decía–, que se ve que sólo da para un poeta, y por eso dicen que soy el poeta nacional de Catalunya. Cuando me muera se tendrán que inventar otro...”. Y acto seguido llevaba aquel ejemplo a todo tipo de terrenos, desde la novela, la pintura, la política o, incluso, el deporte.

Quien sabe leer a Salvador Espriu de verdad no se puede quedar en su obra poética de mayor contenido cívico y reivindicativo, o de interrogación sobre el paso del tiempo o de la muerte; también tiene que saber comprender y asumir la radicalidad crítica de su retrato nada complaciente del país y de su gente, presente sobre todo en su obra narrativa.

Meticuloso, minucioso, detallista y riguroso, amigo leal de sus amigos, Salvador Espriu me honró ofreciéndose él mismo a escribirme el prólogo de mi primer libro *La Nova Cançó*, el año 1976. Me gustaría que, pasados ya cuarenta años, pudiera suscribir todavía las palabras generosas que en esos momentos me dedicó. |

Con la Iglesia hemos topado, amigo Sancho

El Plural, 7 de febrero de 2019

Hace ya casi como un cuarto de siglo, en el lejano 1995, un reconocido y muy respetado periodista de investigación, el catalán Pepe Rodríguez, tuvo la osadía de publicar un libro, “La vida sexual del clero”. Previamente conocido ya por sus rigurosos trabajos periodísticos sobre las sectas destructivas, con cerca de una docena de libros publicados sobre esta temática, Pepe Rodríguez se atrevió ya entonces a poner el dedo en la llaga del criminal escándalo de la pederastia sacerdotal. Fue ignorado, despreciado, menospreciado, insultado y vejado, en el mejor de los casos fue ignorado, silenciado y condenado al ostracismo. Fuimos muy pocos quienes nos hicimos altavoces de sus denunciadas, todas y cada una de ellas rigurosas y documentadas. Ahora, cuando la pederastia religiosa se ha convertido en un gran escándalo también en España -¿cómo no iba a acabar siéndolo?-, convendría leer o releer aquel libro pionero de mi buen amigo Pepe Rodríguez, volver a aquellas fuentes que entonces solo unos pocos entendimos que apuntaban a la punta emergente de un iceberg de enormes dimensiones.

La exhibición en Netflix de “Examen de conciencia”, el excelente documental de otro buen amigo, Albert Solé, dedicado a la denuncia de unos casos concretos de pederastia sacerdotal a través de las voces de las propias víctimas, ha hecho que este escándalo llegase definitivamente a la opinión pública. Ya fue muy importante la labor de periodismo de investigación realizada por el equipo de El Periódico de Catalunya partiendo del “caso maristas”, que obtuvo el premio Ortega y Gasset. También lo fue la película de Pedro Almodóvar “La mala educación”, tan vilipendiada por quienes se empeñaban todavía en negar la evidencia. Como importantes han sido otras películas, desde el documental “Líbranos del mal” hasta la oscarizada “Spotlight” o “En primera plana”, “Kler”, “La duda”, “Obediencia perfecta”, “Las dos caras de la verdad”, “El club”, “Las hermanas de la Magdalena”, “Los niños de San Judas”... Largometrajes, libros, documentales, reportajes de buen periodismo de investigación, en países muy distintos y en contextos históricos recientes, han puesto en evidencia que la pederastia religiosa, los abusos sexuales y físicos infligidos por sacerdotes, monjes, frailes y monjas durante muchas décadas y aún ahora en infinidad de países, y evidentemente también en el nuestro, es un escándalo extraordinario y de una magnitud que supera con creces lo que algunos podían sospechar. Un escándalo que, vista no ya la pasividad o la falta de respuesta adecuada por parte de las autoridades eclesiásticas sino incluso de su complicidad silenciosa y hasta de su encubrimiento delictivo, exigen de las autoridades judiciales, policiales y políticas las debidas respuestas contundentes.

En una España con tan hondas raíces de nacional-catolicismo, y como se ha visto también en una Catalunya tan impregnada de su propia versión de nacional-catolicismo, la pederastia religiosa ha aflorado de forma espectacular y escandalosa. Es muy grave que durante tanto tiempo, y en tantos países, las autoridades eclesiásticas, tanto las locales en cada caso puntual como las mundiales en general, hayan intentado ocultar, silenciar, encubrir o tapar estos crímenes, porque crímenes son los abusos sexuales y físicos infligidos a niños y niñas, a adolescentes y jóvenes de ambos sexos, a menores de edad en definitiva. Es obvio que los

pederastas religiosos lo ignoran, mucho más grave es que pretendan ignorarlo sus jerarcas, que olvidan cómo, según sus propios Evangelios, Jesús dijo algo tan contundente como esto: “Ay de quien escandalice a uno de estos niños que creen en mí, más la vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos y le hundan en lo profundo del mar”.

No obstante, las autoridades civiles no pueden mantenerse silenciosas, calladas e inoperantes ni un solo momento más. Esto pasa, en primer lugar, por el inmediato inicio de las necesarias investigaciones policiales y judiciales, por la apertura de las causas que puedan derivarse de ellas, por la exigencia de las correspondientes responsabilidades penales personales y colectivas, por la inmediata retirada de toda clase de subvenciones y ayudas públicas a los centros afectados y, si es preciso, incluso a la pura y simple clausura de otros.

(Una apostilla final: ya sé que la frase que he tomado para titular este artículo no se corresponde en su literalidad a lo escrito por Cervantes en “El Quijote”, aunque así ha pasado a ser utilizada de forma habitual. Lo que Cervantes escribió fue esto: “Con la iglesia hemos dado, Sancho”. Palabras sin duda más llanas pero no por ello más profundas. En una versión u otra, vienen a pelo sobre algo tan escandaloso y grave como lo aquí reseñado).

El necesario catalanismo pactista

El Plural, 12 de marzo de 2019

Es sabido que la política suele hacer extraños compañeros de cama. Sabemos también que en política están los adversarios y los enemigos, y que entre estos últimos a menudo figuran algunos supuestos compañeros de militancia. Ahora sabemos asimismo que una formación política puede llegar a su extinción por la vía del suicidio, sea éste o no inducido. Tenemos un ejemplo paradigmático de ello en la ya anunciada y proclamada disolución de la histórica Convergència Democràtica de Catalunya (CDC), reconvertida estos últimos años en el Partit Demòcrata Europeu Català (PDECat) y/o Junts per Catalunya (JxCat), sometida definitivamente a los ucases dictados desde su refugio de Waterloo por el expresidente de la Generalitat Carles Puigdemont.

El fulminante proceso de depuración de las candidaturas que JxCat presentará en los próximas elecciones generales y europeas, con una contundencia solo comparable a las célebres pugnas stalinistas, ha dejado sin posibilidad alguna de elección a los representantes más significados de los sectores moderados y pactistas, entre ellos algunos con gran experiencia y prestigio como diputados -son, entre otros, los casos de Carles Campuzano y Jordi Xuclà- o personas que, como la entonces todavía secretaria general del PDECat, Marta Pascal, así como los ya mencionados, tuvieron un papel decisivo en el apoyo de todos los miembros de su grupo parlamentario a la moción de censura con la que Pedro Sánchez consiguió substituir a Mariano Rajoy como presidente del Gobierno de España. Carles Puigdemont y su poderoso grupo de influencia política les ha hecho pagar muy cara su osadía de entonces, cuando se atrevieron a desobedecerle: les ha cerrado por completo la puerta a cualquier posibilidad de elección o reelección, y en realidad les ha echado de la vida política activa, o al menos esto es lo que ha pretendido hacer.

Desde su refugio belga de Waterloo, en conexión directa y permanente no solo con su sucesor vicario en la Presidencia de la Generalitat, Quim Torra, sino también con otros destacados miembros del gobierno autonómico -Elsa Artadi, Laura Borràs...- o del grupo de JxCat en el Parlamento de Catalunya -Eduard Pujol, Josep Costa, Albert Batet...-, ha dictado la sentencia de muerte contra el sector moderado y pactista del catalanismo político. Un sector que durante muchos años fue sin duda muy mayoritario en CDC, al menos durante todo el muy prolongado liderazgo de Jordi Pujol, pero que fue quedando laminado con la deriva secesionista emprendida por su sucesor, Artur Mas. Una deriva que en gran medida fue una huida a ninguna parte emprendida con la intención de llevar a cabo una doble maniobra de distracción: de los graves escándalos de corrupción y financiación irregular del partido, comenzando por el caso del mismo Jordi Pujol y casi toda su familia, y de los drásticos recortes en políticas sociales básicos impuestos por el propio Artur Mas desde que finalmente logró hacerse con la Presidencia de la Generalitat después de los sucesivos mandatos de Pasqual Maragall y José Montilla.

El nacionalismo convergente, que al igual que el PNV desde Euskadi todavía en la actualidad, durante muchos años tuvo con frecuencia un papel determinante en la gobernación de España y contribuyó a facilitar alternancias en el gobierno desde posiciones de un centro-derecha dialogante, ha culminado ahora, con esta purga impuesta por Puigdemont, una deriva que solo

puede terminar condenándole a la pura y simple irrelevancia política. Desean bloquear por completo la política española en su conjunto, impidiendo la investidura del presidente del Gobierno de España resultante de los comicios del próximo día 28 de abril, después de haber logrado bloquear y conducir a la nada más absoluta a la política catalana, con un Gobierno de la Generalitat que se ha demostrado incapaz de gobernar, sin capacidad ninguna para la gestión y solo empeñado en llevar a cabo sus gesticulaciones separatistas incesantes, dentro y fuera de nuestro país, amenizadas muy a menudo con festejos folklóricos varios regados con ratafia.

El catalanismo político, que históricamente fue siempre dialogante y pactista, queda desde ahora huérfano. No existe. Puigdemont, Torra y sus seguidores se lo han cargado. Allá cada uno de ellos con sus responsabilidades políticas. El vacío por ellos provocado no tardará mucho en ser ocupado de nuevo. De ello estoy seguro. El próximo 28 de abril, en las elecciones generales, no serán pocos los antiguos votantes convergentes que dejarán de votar a favor de las candidaturas de JxCat: algunos preferirán abstenerse, otros votarán socialista. El próximo 26 de mayo, en los comicios municipales y europeos, la derrota de JxCat será asimismo muy severa por los mismos. Entonces llegará el momento del renacimiento del catalanismo moderado, dialogante y pactista que durante tantos años representaron CDC y CiU.

El fracaso histórico de mi generación

No haber sabido transmitir a las nuevas generaciones que el país en el que vivimos ahora es infinitamente mejor que aquel en el que nacimos

El Plural, viernes, 18 de octubre de 2019

Los que nacimos en este país durante los años 40 del siglo pasado -yo lo hice en 1947, en Barcelona- habíamos llegado a pensar que el legado político que dejaríamos a nuestros hijos y nietos sería mucho mejor que el que heredamos de nuestros padres, que hicieron y sufrieron la guerra civil y todas sus dramáticas consecuencias. Nosotros habíamos contribuido, cada uno desde su aportación más o menos modesta, a pasar de aquella dictadura militar, fascista y nacional-católica que sojuzgó a España entera durante casi cuarenta años, al restablecimiento de un Estado social y democrático de derecho equiparable a los de nuestro entorno, a la plena recuperación y ampliación de las libertades, a la creación y posterior consolidación de un sistema autonómico cuasi federal, en el caso específico de Cataluña a la tan deseada normalización cultural y lingüística, a la tan ansiada integración de nuestro país en la Unión Europea, a la creación y extensión de unos buenos sistemas públicos de educación, salud y otras prestaciones sociales, al paso de una sociedad subdesarrollada y poco menos que tercermundista a un país con un buen nivel de vida medio... Sobre todo, pensábamos que habíamos logrado romper con el maleficio histórico de una España condenada durante muchos siglos a inciviles guerras civiles, todo tipo de pronunciamientos militares, dictaduras y, por extensión, a la ausencia de unos mínimos periodos de convivencia libre, pacífica y ordenada.

¿Hemos sido unos ilusos? Tal vez sí. Llevamos ya algunos años escuchando a algunos destacados miembros de las generaciones que nos suceden, todos o casi todos ellos nacidos ya en la actual España democrática, que abominan del que desprecian como “régimen del 78” -esto es, el surgido con la Constitución de 1978-, un “régimen” al que tildan de no democrático y al que incluso definen como una nueva dictadura... Menosprecian por completo el balance de los más de cuarenta años que llevamos vividos desde 1978, en libertad y en paz, el periodo más prolongado de convivencia libre y pacífica que ha vivido España a lo largo de toda su historia multiseccular.

Este es el principal fracaso de mi generación: no haber sabido transmitir a las generaciones que nos suceden, a nuestros hijos y a nuestros nietos, que el país en el que vivimos ellos y nosotros ahora es infinitamente mejor que aquel en el que nacimos nosotros, bajo la dictadura de Franco. ¿Perfectible? Sin duda alguna, como cualquier otro sistema político democrático, pero una democracia razonablemente buena. Quizás no hemos sabido explicarles de forma cabal las enormes diferencias existentes entre la España en la que sus padres y abuelos nacimos, crecimos, vivimos, nos educamos y llegamos hasta más allá de la madurez -en mi caso, hasta más allá de los 30 años- sin poder gozar nunca de ninguna clase de libertad ni poder disfrutar de una paz verdadera. Parece que es este un fenómeno que se produce de forma uniforme en toda

España. Pero en Cataluña tiene unas características específicas y de mucha mayor gravedad. El adoctrinamiento escolar y mediático implantado en Cataluña desde hace ya casi cuatro décadas, con la divulgación de falsos y manipulados relatos históricos, lingüísticos, culturales, económicos e incluso geográficos, ha dado unos resultados tan evidentes como nefastos.

En los gravísimos incidentes violentos que desde hace ya algunos días llevamos padeciendo sobre todo en la ciudad de Barcelona, pero también en muchas otras poblaciones catalanas, se advierte la abundante y activa participación de personas jóvenes, muy jóvenes, en algunos casos de evidentes adolescentes, incluso acaso de algún que otro preadolescente. Está claro que ellos no son los verdaderos protagonistas de los incendios de contenedores y de toda clase de mobiliario urbano, de mesas, sillas, toldos y marquesinas de terrazas de bares y restaurantes, de coches y motos, de escaparates de locales comerciales, de oficinas bancarias... Tampoco son ellos los auténticos responsables de algunos más o menos graves intentos de agresión física a agentes policiales, y mucho menos aún del lanzamiento de cohetes pirotécnicos que pretendían derribar a un helicóptero de los Mossos d'Esquadra que volaba a baja altura sobre algunos de los concentrados.

No, estos jóvenes, muy jóvenes, incluso adolescentes o preadolescentes, son la simple carne de cañón que los tristemente célebres CDR manipulan y utilizan a su antojo. Algunos de ellos han sido detenidos, y puestos en libertad porque son menores de edad. Otros han resultado heridos de mayor o menor gravedad. Pero todos ellos aparecen felices y sonrientes en las imágenes que se pueden ver en directo en las pantallas de nuestros televisores o en las portadas y páginas de los periódicos. Están tan felices y sonrientes que no paran de hacerse "selfies" y pasárselos entre ellos, convencidos al parecer de que están protagonizando la historia...

¿Es este nuestro fracaso, el de aquellos que nacimos en los años 40 del siglo pasado, de un modo u otro contribuimos a hacer posible la transición de la dictadura a la democracia y no supimos explicárselo a nuestros hijos y nietos? En gran parte sí. Porque hemos sido complacientes con quienes durante tantos años les han adoctrinado con relatos falsos, o que como mínimo hemos sido incapaces de enfrentarnos a estos falsos profetas sectarios.

Estos jóvenes, muy jóvenes, adolescentes o preadolescentes catalanes, tras haber ingerido dosis ingentes de unos relatos manipulados y falaces, llevan años escuchando que les espera un mundo mucho peor que el de sus padres y abuelos, pero que para ellos será un nuevo Edén, una Arcadia feliz, un Paraíso de leche y miel, con la tantas veces anunciada y nunca implantada República Catalana. Confiaron en los falsos profetas que les explicaron estas y otras cosas en las aulas, en los medios de comunicación audiovisuales y también en las redes sociales. Pero han chocado con la triste y dura realidad de los hechos, sus sueños se desvanecen, sus ensoñaciones desaparecen, y salen a la calle a hacer "su revolución". Han encontrado a su flautista de Hamelín en los CDR y en el recién surgido Tsunami Democràtic, les siguen obedientes, se sienten felices como cuando juegan a cualquier videojuego banalizador de la violencia, se hacen "selfies", sonrientes. Mientras, Quim Torra, Carles Puigdemont y tantos otros políticos irresponsables se aprovechan de esta nueva "quinta del biberón".

El franquismo también fue catalán

Crónica Global, 9 de diciembre de 2019

Hablamos y debatimos con frecuencia sobre lo que han dado en llamar “fake-news”, que no son más que bulos o falsedades lanzados desde toda clase de redes sociales, pero apenas prestamos atención a otro tipo de falsedades tanto o más importantes y que se acaban extendiendo e imponiendo como si fuesen verdad. Una de estas falsedades afecta a lo que realmente fue el franquismo en Cataluña; en concreto, afecta a la supuesta diferenciación de la política de la dictadura fascista de Francisco Franco en Cataluña, a su ocupación militar y a toda la represión posterior, y más en especial a la participación o no en ella de un número significativo de ciudadanos de Cataluña.

Hasta ahora conocíamos algunos estudios históricos importantes al respecto, pero la reciente publicación, por Eumo Editorial, del libro del profesor Martí Marín “¡Ha Llegado España!” La política del franquismo a Catalunya (1938-1977)” desvela cualquier posibilidad de duda sobre todas estas cuestiones. El autor es el principal experto en la materia: doctor en historia contemporánea por la UAB, de la que es profesor, dirige el Centro de Estudios sobre Dictaduras y Democracias, y se ha especializado en el periodo franquista, sobre el que ha publicado numerosos artículos y trabajos sobre aspectos relativos al personal político de la dictadura, a las políticas del gobierno territorial, a los procesos migratorios interiores y a las fórmulas de control social, entre otros. Con su libro -372 páginas llenas de informaciones y datos incontestables, con gran número de notas a pie de página, un extenso listado de las referencias bibliográficas y fuentes consultadas, así como unos completos apéndices en los que figuran detallados los principales políticos franquistas de Cataluña, cada uno de ellos con todo tipo de datos contrastados-, Martí Marín desmonta muchas falsedades que durante muchos años han sido no ya aceptadas o asumidas sino que incluso han sido inventadas y difundidas desde los sectores de la sociedad catalana que colaboraron con la dictadura franquista pero no lo quieren reconocer.

Martí Marín señala que “la historia de la dictadura franquista en Cataluña fue una parte de una historia común -desgraciadamente común- con la del resto de España”, para añadir que lo hizo “según un plan de dominación homogéneo y unos instrumentos prácticamente idénticos en todas partes”. La “ocupación militar” fue un término utilizado legal y políticamente en todos los territorios que los militares golpistas fueron ocupando durante toda la guerra civil, aunque tuvo también algunas particularidades. En Cataluña existió una política eminentemente represiva respecto a la lengua y la cultura propias, pero en toda España la represión cultural se extendió por igual a todo cuanto no fuera la expresión de una cultura fascista. Martí Marín lo explica muy bien: “No fue un caso de “España contra Cataluña”, porque entonces no sería nada claro qué habría que incluir en el sujeto “España”. El agente reprimido fue la cultura nacional catalana -es decir, la que correspondía a un proyecto político específico catalán-; ahora bien, el agente represor no fue “España”, en términos de cultura nacional rival, sino el Nuevo Estado franquista, que estaba muy lejos de representar a la cultura nacional española -aunque aseguraba lo contrario, naturalmente”.

El franquismo catalán existió. De forma simplemente larvada antes del inicio de la guerra civil. El fracaso absoluto del golpe militar faccioso en Cataluña hizo que el franquismo se mantuviera latente hasta el principio de la ocupación del territorio, primero, aún en Lleida y Tarragona, poco después, ya en enero de 1939 en Barcelona y por fin en Girona, con la ocupación ya total en febrero de 1939. Pero ya durante la misma guerra existió un franquismo catalán activo, no tanto en el “quintacolumnismo” interior como en Burgos o en San Sebastián, por ejemplo, o en el extranjero, y sin duda en un buen número de ciudadanos de Cataluña que se incorporaron como voluntarios a las fuerzas militares golpistas, como fueron los miembros del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat, todavía hoy homenajeados en el monasterio benedictino que les dio nombre. Al principio fueron pocos, muy pocos falangistas -que fueron aumentando con la rápida irrupción de toda clase de advenedizos-, fueron muchos, muchísimos carlistas, algunos monárquicos alfonsinos o juanistas, algunos grupos procedentes de la antigua CEDA, del lerrouxismo o de grupos ultraderechistas muy minoritarios, así como un número muy significativo y creciente de miembros más o menos destacados de la Lliga o de algunos grupos católicos como los “fejocistes”... Todos ellos integraron los primeros cuadros de la dictadura franquista en Cataluña.

En ““¡Ha Llegado España!” La política del franquisme a Catalunya (1938-1977)” Martí Marín retrata y refleja con gran profusión de datos tanto la implantación del Nuevo Estado, establecido desde la simple nada, después de unos procesos masivos de depuración que no dejaron en pie absolutamente nada de lo anterior como su evolución posterior, con cambios en la correlación de fuerzas existente en el mismo seno del franquismo, que pasó de aquel partido único conocido con el nombre de FET-JONS a convertirse en el también único Movimiento Nacional. Y retrata y refleja también el peso nada despreciable que el franquismo catalán y los franquistas catalanes tuvieron durante toda la larga existencia de la dictadura fascista. Un peso que tuvo también, como en el resto de España, una cierta continuidad incluso después de la muerte del dictador, incluso después de la transición a la democracia, incluso después de la restauración de la autonomía...

Contra falsedades, tergiversaciones y manipulaciones de nuestra historia colectiva más reciente, lean el libro ““¡Ha Llegado España!” La política del franquisme a Catalunya (1938-1977)”, de Martí Marín, publicado Eumo Editorial.

A la búsqueda de los diez años perdidos

El Plural, 19.02-2020

Pronto se cumplirán diez años desde que el Tribunal Constitucional (TC) por fin dio a conocer su tan esperada sentencia sobre el nuevo Estatuto de Autonomía de Cataluña aprobado en referéndum por la ciudadanía catalana en julio de 2006, tras la aprobación de su proyecto por una amplísima mayoría de votos en el Parlamento de Cataluña y su posterior aprobación, con una amplia mayoría absoluta, en las Cortes Generales.

Desde aquella infausta y nefasta sentencia del TC del 28 de junio de 2010, todo lo que llevamos vivido y sufrido en Cataluña viene condicionado por aquella resolución. Muy pocos días después de su publicación, el 10 de julio de 2010, tuvo lugar en la ciudad de Barcelona una multitudinaria manifestación en contra de la decisión del TC. Desde entonces se han sucedido todo tipo de muestras de rechazo y el independentismo, hasta entonces una opción apenas sin peso político real, se ha convertido en una apuesta compartida por cerca de la mitad de la sociedad catalana.

Cataluña es ahora la única comunidad autónoma española que se rige por un Estatuto de Autonomía no refrendado por sus ciudadanos. Este simple hecho es ya un elemento que debe tenerse en cuenta ante cualquier intento de análisis de la realidad política y social de Cataluña. Dudo mucho que el núcleo dirigente del PP en 2010, con Mariano Rajoy al frente, fuese consciente no solo de la enorme trascendencia política de su inmisericorde campaña catalanófoba montada para justificar su recurso de inconstitucionalidad contra aquel nuevo Estatuto, sino sobre todo para plantear toda clase de estratagemas y ardidés que finalmente hicieran posible aquella sentencia tan lamentable, sin cuya existencia parece evidente que la vida política catalana -y por extensión la de España entera- no hubiese discurrido por la vía del enfrentamiento permanente y del conflicto no solo político e institucional sino también cultural, social y convivencial.

Aunque es evidente que el PP nunca podrá obviar su enorme responsabilidad política en este conflicto -y no tanto ni sobre todo por la presentación de su recurso de inconstitucionalidad, sino por toda la campaña catalanófoba que puso en marcha y aún más por la manipulación y tergiversación que hizo del TC-, nadie puede negar las responsabilidades de toda índole que tuvieron y tienen en este conflicto la práctica totalidad de los partidos políticos catalanes. De manera muy relevante, claro está, los partidos nacionalistas, y con ellos las organizaciones sociales que les apoyan, porque su reacción desaforada a aquella sentencia del TC marcó el inicio de la peor década de la historia reciente de Cataluña.

Cuando el entonces todavía presidente de la Generalitat José Montilla se refirió por vez primera a "la desafección" de amplios sectores de la sociedad catalana respecto al proyecto de la España común y plural, muy pocos quisieron entenderle. Ni en Cataluña ni tampoco en el resto de España. Como sucede siempre cuando se produce un conflicto nacionalista, el enfrentamiento es entre dos nacionalismos, ambos se necesitan y se retroalimentan, hasta el punto que el uno no puede existir sin la existencia del otro.

Han pasado ya casi diez años y apenas nada ha cambiado. Existe ahora una ventana de oportunidad para que se inicie un mínimo diálogo institucional y político entre el Gobierno de España y el Gobierno de la Generalitat. Pero tanto PP, Vox y C's como JxCat, las CUP y la ANC se empeñan en torpedear una simple mesa de diálogo. Unos y otros se empeñan en derrotar al contrario, al que contemplan como un enemigo a combatir y a destruir.

Diez años irremisiblemente perdidos. Diez años que jamás podremos recuperar. Diez años de derrotas colectivas, de empobrecimiento no solo económico sino sobre todo social y cultural, convivencial.

¿Realmente valía la pena? ¿Ha valido la pena? ¿Vale la pena? ¿Valdrá la pena?

Catalunya, una nació sense cultura?

El Triangle, 19 de febrer de 2020

Des dels seus mateixos orígens, allò que ha estat essencial en el catalanisme ha estat sempre la defensa de la llengua i la cultura catalanes. Tothora aquest ha estat el seu tret més característic i definitori, l'autèntic eix vertebrador al voltant del qual s'han articulat les diverses versions de Catalunya integrades pel catalanisme. Regionalistes i autonomistes, nacionalistes i federalistes, confederalistes i separatistes, tots els corrents del catalanisme han tingut molt clar sempre que allò que realment distingeix i singularitza Catalunya és la seva llengua i la seva cultura.

Precisament per aquesta raó resulta no solament estrany sinó francament escandalós que el Govern de la Generalitat destini a la cultura, en el seu sentit més ampli, tot just el 0,65% dels seus pressupostos actuals. Aquest 0,65% destinat representa que l'actual Govern de la Generalitat dedica només 30 euros anuals per persona a la cultura. Una xifra ridícula, molt per sota no ja de la de Dinamarca, tan sovint esmentada com a referent i exemple a seguir –880 euros per persona i any–, sinó també per gairebé la totalitat dels estats europeus: 607 euros a Suècia, 508 euros als Països Baixos, 476 euros tant a França com a Itàlia, 233 euros al Regne Unit, 158 euros a Portugal, 146 euros a Polònia, 108 euros a Andorra, 47 euros a Bèlgica...

A Espanya, on totes les comunitats autònomes tenen transferides les competències en cultura, el ministeri de Cultura aporta a cada comunitat autònoma uns 20 euros per persona i any, destinats especialment a les grans institucions i consorcis culturals participats per l'Estat, com passa també a Catalunya.

És vergonyós que un govern de la Generalitat menyspreï i maltracti tant dos dels pilars fonamentals del catalanisme. És particularment escandalós, a més, quan es tracta d'un govern que es proclama no només nacionalista, sinó que diu que vol esdevenir un Estat propi. El dret a la cultura, el dret a l'accés a la cultura per part de tots els ciutadans d'un país, és un dret individual i col·lectiu inalienable. Per a un país com Catalunya, que es distingeix i diferencia per la seva llengua pròpia, i per tant també per la seva cultura pròpia –sense que això comporti ni impliqui que aquesta cultura pròpia sigui només la que s'expressa en la llengua catalana–, la dimissió del Govern de la Generalitat en cultura és un símptoma inequívoc de la seva manca de prioritats BÀSIQUES per a la ciutadania a la qual ha de servir.

La plataforma Actua Cultura, que es va donar a conèixer públicament fa pocs dies a Barcelona, reclama que aquest irrisori 0,65% pressupostat per a cultura passi a ser de manera immediata del 2%. Aquest és el percentatge que el Govern d'Espanya destina actualment a cultura, malgrat que quasi totes les competències en aquesta matèria estan transferides a cada comunitat autònoma, com ja he esmentat abans. La reivindicació d'Actua Cultura no pot ser desatesa per part del Govern de la Generalitat.

El dret individual i col·lectiu a l'accés a una cultura de qualitat no pot ser novament menystingut o desatès. La cultura sí que és una estructura d'Estat! Actua Cultura ha dit prou, i fa bé de fer-ho. Les retallades tan irracionals i dràstiques que els successius governs de la Generalitat presidits per Mas, Puigdemont i Torra han aplicat aquests últims anys han afectat

tota mena de serveis públics i prestacions socials essencials. No només en salut i en educació, en atenció a les persones i els col·lectius més precaris. També en cultura. La gent d'Actua Cultura anuncia que passarà a l'acció si no és atesa la seva reivindicació de mínims: l'assoliment d'un minso i insuficient 2% dels pressupostos generals de la Generalitat per a cultura.

Actua Cultura reclama també que el Govern de la Generalitat aposti d'un cop per l'acostament entre educació i cultura, per una política de creació i promoció de públics, pel necessari rescat de les humanitats en la trajectòria educativa, per la protecció d'espais culturals a preservar contra l'especulació immobiliària, per una bona llei de mecenatge... La seva no és una simple reivindicació econòmica. És l'exigència d'un canvi radical de paradigma en la concepció que el Govern de la Generalitat –i, per tant, els partits que l'integren i també els que li donen i/o donin suport en la pròxima votació pressupostària– té de la cultura i el seu tractament polític i social.

Carta als meus vells i nous amics independentistes

El Triangle, 27 de març de 2020

Ens coneixem, en alguns casos, des de fa 50, 60 i fins i tot més anys; en altres casos, des de fa menys temps. Us aprecio a tots, i evidentment, malgrat que en discrepo, respecto i respectaré sempre les vostres opcions polítiques, com he respectat tothora totes les ideologies, opinions i creences expressades des del respecte. En alguns casos, vaig respectar el vostre silenci, la vostra passivitat i fins i tot la vostra capacitat d'acomodació al règim feixista en què, per raó d'edat, vam haver de néixer i créixer durant tants i tants anys, sense implicar-vos gens en la lluita contra la dictadura i a favor de la democràcia i la llibertat. Mai no us ho he retret ni us ho retreuré: cadascú és responsable dels seus actes, també dels seus silencis.

Em dol, i aquest és cada cop un sentiment personal més íntim i profund, comprovar com alguns de vosaltres -per sort no tots, ni de bon tros!- us heu convertit en una mena d'inquisidors que critiqueu, desqualifiqueu, insulteu, censureu i excloueu de la catalanitat democràtica qualsevol veu discrepant o crítica amb la vostra opció. Aquest és un fenomen que he constatat que és més freqüent entre els nous independentistes que els que ho sou des de fa molts anys, quan éreu molt pocs. Els més bocamolls de vosaltres titlleu de "botiflers", "traïdors", "espanyolistes" i "ñordos" als qui, com jo, no compartim la vostra fe. Tant difícil us és acceptar la discrepància, la dissidència? Per què us negueu a fer un esforç d'empatia amb els qui, des de posicions molt diverses però en tots els casos respectables, tenim visions diferents sobre el passat, el present i sobretot el futur més o menys immediat del nostre país?

Vaig criticar del dret i del revés la repressió injustificada i injusta que es va produir l'1-O per part d'agents de la Policia Nacional i la Guàrdia Civil. No recordo que molts de vosaltres critiquéssiu la repressió, tan injustificada i injusta, que els Mossos d'Esquadra van practicar contra els "indignats", per exemple a la plaça de Catalunya de Barcelona o als voltants del Parlament de Catalunya. També vaig criticar la presó preventiva de dirigents polítics i socials independentistes durant més d'un parell d'anys, i considero exagerades les penes de presó que els han estat imposades. Però no recordo que molts de vosaltres us manifestéssiu quan la dictadura franquista empresonava, torturava i fins i tot executava autèntics presos polítics, o quan altres discrepants sofrien l'exili de debò. He arribat a sentir, per part d'alguns de vosaltres, que el vostre patiment per l'empresonament o la fugida a l'estranger d'alguns dels vostres dirigents no us permet viure ni dormir en pau. Però vivíeu, dormíeu i gaudíeu d'allò més durant la dictadura...

Molts de vosaltres sou independentistes des de fa pocs anys. Us he conegut quan no éreu nacionalistes, ni tan sols catalanistes, quan, tot i haver nascut a Catalunya i en famílies d'origen català, parlàveu quasi sempre en castellà. Pocs de vosaltres heu catalanitzat els vostres noms. No teniu per costum llegir llibres o diaris en català, ni comprar o escoltar discs en català, ni anar al teatre o al cinema en català... Això sí, pràcticament tots vosaltres veieu TV3, escolteu Catalunya Ràdio i RAC1. I sou del Barça, esclar -almenys coincidim en això!.

Us respecto des de la discrepància i us demano respecte als discrepants. Us l'exigeixo. Hi tinc tot el dret. Us ho demano i reclamo com a vell i veterà demòcrata, catalanista, socialista i

federalista, enemic de tots els unanimitats i de totes les unanimitats, i per tant partidari que la racionalitat s'imposi a la passió, que el seny guanyi a la rauxa, que la raó superi sempre els sentiments i les emocions.

Us escric, però, des de la passió, els sentiments i les emocions, i si voleu fins i tot des de la rauxa. Íntimament i irreversiblement decebut per la pèrdua total i definitiva de gent amb qui he tingut extenses i intenses relacions d'amistat des de fa força més de mig segle, però que davant d'un dels tràngols més durs de la meua vida m'han girat l'esquena únicament perquè no penso ni sento com ells: perquè no sóc independentista. Digueu-me ingenu o innocent, però mai no hauria pensat que la fe d'uns conversos pogués arribar a aquest nivell de misèria humana.

TV3: Televisió pública o de partit?

El Triangle, 8 d'abril de 2020

La greu crisi sanitària provocada per la pandèmia global del Covid-19, amb les seves devastadores conseqüències humanes, econòmiques i socials, ha fet més evident encara la instrumentalització partidista i sectària de TV3. Aquesta crisi, vista exclusivament des de TV3, a través de moltes de les seves informacions i sobretot a través dels seus programes d'opinió i fins i tot d'entreteniment, ha estat i és encara una simple prolongació de la propaganda política del Govern de la Generalitat, i especialment de l'encara president Quim Torra i de la seva formació política, JxCat. Tan és així que ERC, i sobretot els seus consellers de Salut, Alba Vergés, i de Treball, Afers Socials i Família, Chakir el Homrani, molt sovint han estat objecte de crítiques en un mitjà on solament d'una manera excepcional es formulen crítiques a les actuacions del Govern de la Generalitat.

Tot plegat ens planteja un debat pendent en la vida política i social del nostre país des de fa ja molts, massa anys: què és i què ha de ser TV3? I quan parlo de TV3 em refereixo al conjunt dels canals de ràdio i televisió de la Corporació Catalana de Mitjans de Comunicació (CCMA), successora de l'antiga Corporació Catalana de Ràdio i Televisió (CCRTV, de la qual vaig ser membre del consell d'administració des de juny de 1983 i fins al desembre de 1996. Nascuts amb un pecat original -tot el seu projecte de creació i també tota la contractació del personal que el va posar en marxa va ser fet seguint les ordres directes del llavors totpoderós secretari general de Presidència de la Generalitat, Lluís Prenafeta-, aquests mitjans han estat l'única 'estructura d'Estat' creada pels successius governs catalans des del restabliment ple, l'any 1980, de la democràcia i l'autonomia.

Jordi Pujol va restar astorat i un pèl perplexa quan, a l'acabar d'enregistrar una de les meves 'Converses' a Catalunya Ràdio, molts anys abans que me'n fessin fora, em va preguntar quin seria, segons el meu parer, el seu llegat com a president de la Generalitat, i jo li vaig dir que TV3. "I què més?", em va dir, i jo vaig insistir-hi: "TV3. Vaja! TV3 i Catalunya Ràdio. Tota la resta, la política de normalització i immersió lingüística, els col·legis, els hospitals, les universitats, les autopistes i les carreteres, els Mossos d'Esquadra, amb major o menor intensitat, ho hauria fet també qualsevol altre president de la Generalitat. La concepció de TV3 com emissora pública nacional de Catalunya, no". Vam quedar que em trucaria perquè en parléssim amb més temps, però encara espero la seva trucada.

La concepció de TV3 com a veritable 'estructura d'Estat' és única no ja només en el context de les cadenes de televisió autonòmiques espanyoles. Ni tan sols la basca ETB se li assembla, entre d'altres motius perquè un dels seus canals de televisió emet en castellà, per òbvies raons sociolingüístiques. Tampoc no té cap emissora de televisió similar a cap estat federal o regió autònoma, a cap país d'Europa. Potser l'única cadena comparable és Ràdio Quebec, que és una emissora pública de ràdio i televisió depenent del Govern de Quebec, encara que en el seu cas té una competència directa i potent en Ràdio Canadà, que emet la seva programació arreu del país tant en anglès com en francès.

El procés d'instrumentalització partidista i sectària de TV3 va començar ja des d'abans de l'inici de les seves emissions, amb el nomenament com a director d'Alfons Quintà, un psicòpata de manual -es va suïcidar després d'assassinar la seva parella- a qui ningú no ha entès mai perquè Pujol i Prenafeta li van donar l'encàrrec. D'aleshores fins ara, aquest procés d'instrumentalització política ha estat una constant. Amb un èxit popular indiscutible -TV3 lidera les audiències catalanes des de fa anys-, amb un públic molt fidel, addicte i entusiasta, sovint consumidor únicament de TV3.

Molt més televisió de partit, o d'uns determinats partits, que televisió pública de debò, TV3 ha estat i és un dels elements fonamentals, sens dubte el més potent, en l'aparell d'agitació i propaganda de l'independentisme, una simple corretja de transmissió -i sovint també de finançament irregular- del relat secessionista. Em temo molt que continuarà sent-ho, si més no mentre tot el seu control depengui exclusivament dels partits que conformen el Govern de la Generalitat, amb l'exclusió de tots els altres.

“Solo lo público nos sacará adelante”**Habrà que recuperar todo lo perdido durante tantos años en el desarrollo del Estado del bienestar**

El Plural, Domingo, 12 de abril de 2020

Lo ha dicho el veterano y siempre combativo cineasta británico Ken Loach, y lleva razón. Poner en valor lo público, recuperar la importancia de lo público, será una de las lecciones que nos dejará esta gran pandemia que padecemos, quizá la más trascendente y una de las pocas lecciones positivas de esta inmensa tragedia global.

Después de tanto tiempo de neoliberalismo desenfrenado y sin control, de tantas décadas de impugnación sistemática de los servicios públicos, de sus privatizaciones más o menos encubiertas y de subordinación del interés general al dictado puro y simple de la ley del mercado, esta extraordinaria crisis sanitaria nos ha puesto frente a la dura y cruda realidad: sin ninguna intervención del Estado, sin regulaciones precisas que la controlen y moderen, la mera ley de la oferta y la demanda se convierte en la ley de la selva, en la que los poderosos tienen siempre las de ganar y los más vulnerables siempre están condenados de antemano.

Todas las crisis, tanto las personales como las colectivas, son oportunidades de cambio. Cuanto más grandes y generalizadas son, las crisis nos imponen retos y cambios. Ha ocurrido siempre en la historia de la humanidad, tanto en crisis provocadas por grandes pestes y pandemias -ninguna, no obstante, realmente global como la actual- o por no menos graves conflictos bélicos. Baste recordar que la implantación en gran número de países europeos de lo que conocemos como el Estado del bienestar fue una de las consecuencias directas de la gran tragedia de la Segunda Guerra Mundial y de la amenaza que el comunismo soviético representaba para las democracias. Fue una respuesta encabezada y practicada por los socialcristianos y los socialdemócratas, que fue combatida por los conservadores y liberales por lo que representaba de intervencionismo del Estado en la regulación de la economía, y que fue aceptada solo muy a regañadientes por los comunistas, que siempre la criticaron al considerarla insuficiente. Gracias a aquella iniciativa surgida de una crisis de tanta gravedad Europa sigue siendo todavía, con mayor o menor intensidad, hasta con alguna que otra excepción, la gran región de nuestro planeta en donde se dan los más altos niveles de progreso y prosperidad en un sistema basado en la libertad y la democracia.

La persistente labor de zapa del Estado de bienestar perpetrada durante estas últimas décadas lo ha dejado convertido, incluso en muchos países europeos, en un simple esqueleto de lo que fue. Desde que Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en el Reino Unido preconizaron sus severas recetas ultraliberales -que en no pocas ocasiones fueron asumidas total o parcialmente desde posiciones al menos en teoría progresistas y de izquierdas-, incluso en algunos países europeos lo que antaño fue un sólido y consistente Estado del bienestar ha quedado poco menos que desmantelado e inerte, incapaz de hacer frente a una crisis tan extraordinaria como la actual. Sobre todo cuando apenas habíamos comenzado a recuperarnos de las consecuencias económicas y sociales de la todavía reciente gran crisis financiera global de

2008. Era y es una opción basada en criterios no solo ni principalmente económicos, sino con profundas motivaciones ideológicas, que por otra parte a menudo anticipan una deriva iliberal, y por tanto nada democrática.

Solo lo público nos salvará. O, como dice Ken Loach, “nos sacará adelante”. La recuperación de la primacía del interés general ante el interés particular, el coto a una globalización descontrolada y que acrecienta desigualdades sociales y territoriales, la sostenibilidad no solo ambiental sino también económica, la relativización del consumismo y la promoción de la educación y la cultura como elementos imprescindibles para el desarrollo colectivo, son grandes desafíos a los que deberemos enfrentarnos inmediatamente después de que consigamos al fin superar esta pandemia.

Esto pasará, en primer lugar, por recuperar todo lo perdido durante tantos años en el desarrollo del Estado del bienestar, esto es en sanidad pública y en educación pública, en pensiones y toda clase de prestaciones sociales, como la renta mínima garantizada para el conjunto de la ciudadanía. O esto, o el caos. O nos salvamos, o desaparecemos. “Solo lo público nos sacará adelante”. Lo ha dicho Ken Loach y, en efecto, lleva razón.

Recuperar la hegemonía cultural, un reto para las izquierdas

Se precisa la construcción de un relato potente, con bases racionales, pero también con elementos capaces de movilizar emociones y sentimientos

El Plural, lunes, 4 de mayo de 2020

Desde los ya lejanos tiempos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, en los que el neoliberalismo económico se impuso casi en todo el mundo, las fuerzas políticas y sociales progresistas y de izquierdas perdieron por completo la hegemonía cultural e ideológica. La década de los 80 del siglo pasado, cerrada con el comienzo del derrumbe descontrolado del gran imperio soviético y de todas las dictaduras comunistas del Este de Europa, hizo que el mundo entero pudiese comprobar el fracaso rotundo, sin posibilidad de paliativos ni excusas, de las autoproclamadas “democracias populares” y de su “socialismo real”. Hubo solo unas pocas excepciones en el resto del mundo, todas ellas disímiles: China como nueva gran potencia global, Corea del Norte, Vietnam, Cuba... Si a ello le añadimos la desaparición de los partidos comunistas casi en todo el mundo, y en especial en Europa, está claro que la transformación del espectro ideológico y político progresista y de izquierdas se sitúa hoy en el espacio del socialismo democrático, es decir en la socialdemocracia.

Aunque pueda parecer en exceso esquemático y reduccionista, hoy más que nunca el futuro de las izquierdas, y del progresismo en su conjunto, pasa por la vía del socialismo democrático. Tanto es así que no pocos de los históricos y antes potentes partidos comunistas, sobre todo en Europa, hace ya muchos años que iniciaron la renuncia a su definición primigenia para pasar a adoptar nuevas fórmulas. Lo hemos visto en España con Izquierda Unida (IU), o con Iniciativa per Catalunya-Verds-Esquerra Unida i Alternativa (ICV-EUiA), ambas subsumidas de alguna manera en Unidas Podemos (UP), por poner solo un par de ejemplos elocuentes. Algo semejante ha sucedido en otros países de nuestro entorno europeo, como Italia, Francia o Grecia, por poner también solo algunos ejemplos. Incluso casi todas estas nuevas formaciones de izquierdas surgidas de los ya extintos partidos comunistas han asumido como definición ideológica la del socialismo democrático o incluso la de la socialdemocracia, antes tan menospreciada. Más inclusivo y plural, con aciertos innegables, pero también con errores no menos incuestionables, es el caso de Uruguay y su Frente Amplio (FA), una coalición de muchos partidos de centro, centroizquierda e izquierdas que ha gobernado aquel país con mandatos sucesivos de Tabaré Vázquez, José Mugica y de nuevo Tabaré Vázquez, y que lleva ahora unos pocos meses en la oposición

El gran problema para todas las fuerzas políticas y sociales progresistas y de izquierdas es ahora el de la pérdida de la hegemonía cultural e ideológica. Y esta pérdida las ha dejado también huérfanas de un relato político capaz de hacer frente a sus adversarios conservadores, cómodamente instalados en su creencia de la certeza de “El fin de la Historia y el último hombre” descrito en 1992 por el politólogo estadounidense Francis Fukuyama que acompañó al triunfo del neoliberalismo en todo el mundo desarrollado.

No obstante, la realidad es la que es: los índices de desigualdad económica, social y cultural aumentan, la acumulación de riquezas se concentra cada vez en menos manos, e incluso en los países que consideramos desarrollados todo ello conduce al incremento por ahora imparable de la precariedad y de la pobreza, incluso de la extrema pobreza. Por no hablar, claro está, de tantos y tantos países, incluso de continentes o subcontinentes enteros en los que el neoliberalismo extremo ha dejado atrás a la inmensa mayoría de sus poblaciones, sumidas en una miseria que contrasta obscenamente con la opulencia desbordante de unas minorías privilegiadas.

Todo esto era ya así antes que, en el ya no tan lejano año 2008, todo el mundo padeció las dramáticas consecuencias de la primera gran crisis financiera global nacida en Estados Unidos. Fueron unas consecuencias económicas y sociales que rompieron las aparentemente sólidas, pero ya entonces cada vez más endeble costuras del Estado del Bienestar en el que creíamos vivir, al menos en la Unión Europea (UE). El empobrecimiento brutal de las clases medias, la práctica exclusión social de los sectores más vulnerables y el desmontaje, más por razones ideológicas que estrictamente económicas, de los servicios públicos básicos -sanidad, educación, pensiones, paro y otras prestaciones- han hecho que la inesperada irrupción de esta primera gran pandemia global nos haya pillado prácticamente desarmados, casi sin capacidad de reacción.

Hoy más que nunca, aquí y en el mundo entero, las fuerzas políticas y sociales progresistas y de izquierdas deben luchar por la recuperación de su hegemonía cultural e ideológica. Es hora de leer o releer a Antonio Gramsci, y aplicar sus enseñanzas. Si no son capaces de hacerlo ahora, si no somos capaces de hacerlo ante todo lo que se avecina en cuanto finalmente lleguemos a la tan ansiada "nueva normalidad".

La recuperación de la hegemonía cultural e ideológica por parte de los sectores progresistas y de izquierdas pasa por la construcción de un relato potente, con bases racionales, pero también con elementos capaces de movilizar emociones y sentimientos. Solo puede ofrecerlas el socialismo democrático, liberal en todo menos en lo económico, defensor de las clases y los grupos más vulnerables, defensor también de la preservación y recuperación de la naturaleza, defensor por tanto de un desarrollo económico sostenible y basado en el uso cada vez más generalizado de energías renovables... Defensor, en definitiva, de un Estado social y democrático de Derecho, en el que la economía no puede regirse sin más por la ley del libre mercado sino por su supeditación permanente al interés general.

'Caso Palau': 'Caso Convergència'

Crónica Global, 5 de mayo de 2020

El Tribunal Supremo (TS) ha confirmado la condena a la ahora ya extinta Convergència Democràtica de Catalunya (CDC) por su financiación irregular a través de comisiones pagadas por la empresa Ferrovial al Palau de la Música Catalana a cambio de la concesión de importantes obras públicas por parte del Govern de la Generalitat y de otras administraciones públicas gestionadas por dicha formación política. Además de ratificar las penas de prisión de Fèlix Millet y Jordi Montull como máximos responsables del llamado caso Palau, y de aminorar algo las condenas tanto de Gemma Montull, exdirectora financiera del Palau, como de Daniel Osàcar, extesorero de CDC, sin duda lo que resulta políticamente más relevante es la condena de CDC, a la que se le exige el pago de 6,5 millones de euros, que es la cantidad que el Alto Tribunal considera que dicha formación política recibió a cambio de concesiones de obra pública.

Ahora CDC ya no existe. Es más, parece que nunca existió. Nadie se considera ahora heredero de aquel partido político fundado el 17 de noviembre de 1974 por Jordi Pujol en el monasterio de Montserrat y que gobernó en solitario la Generalitat durante casi un cuarto de siglo, de abril de 1980 hasta diciembre de 2003, con muy importantes cotas de poder institucional en muchos municipios y entes comarcales y provinciales en Cataluña y con gran influencia en la política española, tanto con los gobiernos del PSOE como con los del PP.

Ahora todos rechazan su legado. Lo hacen en JxCat, aunque su líder indiscutido e indiscutible, Carles Puigdemont, militase durante tantos años en CDC y accediera a la alcaldía de Girona y también a su escaño autonómico como miembro de aquel partido. Ni tan siquiera acepta este legado el PDeCat, una formación que fue fundada de forma, el 10 de julio de 2016, por gran parte de quienes hasta entonces militaban en CDC. Pero alguien deberá hacer frente a la multa de 6,6 millones de euros, una cantidad por cierto nada despreciable. Tendrá que decidirlo en breve la Audiencia de Barcelona. Y su decisión traerá cola, porque hay una larga lista de causas abiertas en diversos juzgados catalanes sobre la financiación irregular de la ya extinta CDC.

Más allá de sus repercusiones políticas y económicas más o menos inmediatas, esta sentencia del TS ha venido a dar la razón al entonces presidente socialista Pasqual Maragall, que en sede parlamentaria se atrevió a romper el tabú y, en una dura respuesta al entonces líder de la oposición y presidente de CDC y de CiU, Artur Mas, soltó aquella célebre frase: "Ustedes tienen un problema y este problema se llama 3%". Según la reciente sentencia firme del Alto Tribunal, el presidente Maragall se equivocó en el porcentaje: las comisiones cobradas por CDC a través del Palau de la Música Catalana no fueron del 3% sino del 4%.

Será interesante saber algún día la opinión de Jordi Pujol, por ejemplo. O la de Artur Mas, por poner otro ejemplo. Por el momento el portavoz de JxCat, Eduard Pujol, se ha limitado a decir que "el futuro está en la ética", una frase que podría pasar a la antología de la vacuidad, de lo inane. Supongo que la comparten tanto Jordi Pujol como Artur Mas. Aunque este último debería pasar a otra clase de antología: a la del cinismo puro y simple. Porque fue Artur Mas quien, también en sede parlamentaria y a modo de réplica de la dura acusación hecha por el presidente

Maragall, se atrevió a decirle que había “perdido los papeles”, que tenía “la piel muy fina”, que no aceptaba las críticas, y fue incluso mucho más allá al amenazar al presidente socialista con retirarle el apoyo de CiU para la reforma del Estatuto de Autonomía de Cataluña que el gobierno tripartito de izquierdas formado por PSC, ERC e ICV-EUiA se había fijado como uno de sus principales objetivos.

Lamento personalmente muchísimo que el presidente Pasqual Maragall no haya podido ver confirmadas sus acusaciones por el TS. Lamento mucho también que en su momento no hubiese mantenido su denuncia pública, aunque sé que lo hizo por responsabilidad institucional. Aunque soy consciente que, con la retirada de sus palabras, abrió las puertas al chantaje permanente con el que Artur Mas y CiU le sometieron en toda la negociación estatutaria. Como soy consciente también de lo mucho que nos hubiésemos ahorrado todos si no las hubiese retirado y CiU hubiese cumplido su amenaza.

Mi recuerdo personal de “Billy el Niño”

El Plural, 8 de mayo de 2020

Billy el niño

En toda mi vida solo he estado detenido una sola vez. No fue en Barcelona, donde he residido siempre, sino en Madrid. En concreto, en la entonces tan siniestra Dirección General de Seguridad, reconvertida con la llegada de la democracia en la sede central de la Comunidad de Madrid, en la Puerta del Sol. Fue en 1974, no puedo precisar la fecha exacta. Duró una sola noche y terminó bien, al menos para mí y para otros detenidos. Y ello a pesar de que aquel día conocí y fui interrogado por un para mí hasta aquel día desconocido pero destacado miembro de la Brigada Político-Social (BPS), que hacía años que era ya tristemente famoso entre los demócratas madrileños: Antonio González Pacheco, Billy el Niño, al que el coronavirus por suerte se ha llevado por fin al infierno.

Fue aquella una detención un tanto absurda, pero que pudo tener unas consecuencias muy graves, tanto para mí como sobre todo para mi compañero de detención, el gran músico y cantautor uruguayo Daniel Viglietti. Nos detuvieron en el interior del Teatro Monumental, minutos después de su recital de presentación en Madrid. Viglietti era ya entonces una de las grandes figuras de la música y la canción popular latinoamericana, comparable solo con los más grandes, como Atahualpa Yupanqui, Alfredo Zitarrosa, Mercedes Sosa, Pablo Milanés, los ya desaparecidos Violeta Parra y Víctor Jara... Cuando Daniel fue encarcelado, en 1972, por la dictadura militar uruguaya, la protesta encabezada, entre otros, por Jean-Paul Sartre, François Mitterrand, Julio Cortázar y Óscar Niemayer, hizo que fuese excarcelado y expulsado de su país. Primero en Argentina, muy poco después en Francia, Viglietti vivió un largo exilio, hasta finales de 1984.

Yo le había conocido en París, escribí el texto del programa de mano de su recital de presentación en el barcelonés Palau de la Música Catalana, y fue él quien quiso que estuviera también en su debut en Madrid. Aunque en su recital en la capital catalana fue tan triunfal como el que luego tuvo lugar en Madrid, en este último hubo importantes incidentes en el exterior del teatro, entre los asistentes y un numeroso y muy aparatoso despliegue de la Policía Armada (PA), dirigido por agentes de la citada BPS. Se practicaron muchas detenciones indiscriminadas y con un uso desproporcionado de la violencia.

Mientras, en el interior del Monumental, Viglietti y algunos amigos y conocidos -su editor catalán, el abogado Claudi Martí, algunos críticos musicales madrileños, un equipo de la televisión pública sueca y yo mismo, entre otros- celebrábamos tranquilamente el éxito de aquel recital. De repente se produjo una irrupción inesperada de un grupo de policías armados que procedieron a identificarnos y, siguiendo unos criterios arbitrarios, procedieron a la detención de algunos de los allí reunidos. Ignoro las razones, pero Viglietti y yo fuimos esposados juntos y así fuimos trasladados en un jeep de la PA a la Dirección General de Seguridad. Allí, tras ser fichados, seguimos esposados entre nosotros, junto a muchos otros detenidos, en obligado silencio y sin poder apoyarnos en la pared. Claudi Martí, temeroso de que Daniel pudiese ser

deportado a Uruguay, aprovechó que no le habían detenido, fue al hotel donde estaban alojados él y Viglietti, empacó las cosas de Daniel, compró un billete de avión para que volviera de inmediato a París y se instaló en la Puerta del Sol, a la espera de trasladarle lo más pronto posible al aeropuerto de Barajas.

Al seguir esposados juntos, Daniel y yo fuimos interrogados también juntos. Por casualidad o no, fue Billy el Niño quien se ocupó de nosotros. Me costó mucho convencerle de que yo había asistido al concierto de Viglietti en Madrid para hacer la crítica musical para Diario de Barcelona, pero se lo confirmaron de parte de mi director, Manuel Martín Ferrand. No obstante, al saber que mi compañero de esposas era Viglietti -parecía desconocerlo-, soltó "Así, ¡tú eres la madre del cordero!", y Daniel, desconocedor de esta expresión castellana tan popular, contestó simplemente "¿De qué cordero?". Entonces sí que temí por nuestra integridad física. En especial por la de Viglietti, pero también por la mía. Por suerte no hubo ninguna explosión de violencia. González Pacheco contrastó algunos datos, hizo unas llamadas telefónicas y nos comunicó que quedábamos en libertad, pero que Daniel quedaba expulsado del territorio español de forma inmediata.

En la Puerta del Sol, Claudi Martí se llevó a Daniel Viglietti al aeropuerto. Yo me fui al hotel, muy aliviado. Y es que, como solía hacer en cada ocasión en que me trasladaba a Lisboa -desde el triunfo de la "revolución de los claveles", en abril de 1974, venía haciéndolo con frecuencia, como enviado especial del "Diario de Barcelona-, transportaba documentos y otros escritos de la clandestina Unión Militar Democrática (UMD) -mis contactos eran Juli Busquets y Gabriel Cardona--para algunos dirigentes del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) de Portugal, como Melo Antunes, Vasco Lourenço y António Reis. Repasé mi equipaje, me duché, desayuné copiosamente y me fui yo también a Barajas, para llegar a Lisboa pocas horas después.

Por suerte no volví a cruzarme nunca más con el criminal Antonio González Pacheco, el siniestro Billy el Niño que finalmente ha muerto a causa del Covid-19. Por el contrario, pero también por suerte, continué manteniendo durante muchos años unas excelentes relaciones de amistad con Daniel Viglietti. En París, en largas veladas su modesto domicilio de exiliado de la avenida del General Léclerc, también en Barcelona, en todos sus recitales y en alguna que otra larga conversación radiofónica, y asimismo en su Montevideo ya de nuevo libre y democrático. En uno de sus últimos recitales en Barcelona, Daniel me emocionó personalmente al recordar ante el público aquella tan rara detención conjunta en Madrid. Poco después, en 2017, Daniel Viglietti murió. Su extensa y espléndida obra como músico y cantautor nos queda como un legado eterno. También nos queda su ejemplaridad moral y cívica, incluso en su defensa de causas perdidas por fracasadas. Mientras, aquel tan despreciable Antonio González Pacheco, más conocido como "Billy el Niño", merece solo el magistral poema de Mario Benedetti titulado "A la muerte de un canalla". Léanlo atentamente, disfrútenlo, degústelo. Y háganlo antes o después de escuchar también atentamente cualquiera de los muchos grandes discos de mi añorado amigo Daniel Viglietti, disfrutándolo y degustándolo.

¿Un peronismo de clases medias?

Crónica Global, 1 de junio de 2020

Jordi García-Soler ha fallecido en la noche de este domingo, y tenía pendiente de publicación este artículo para Crónica Global, que este medio reproduce a continuación:

Con el interrogante planteado como título de este artículo subtitula su por ahora último libro editado Josep Burgaya, *Populismo y relato independentista (El Viejo Topo)*. En mi opinión, se trata del mejor y más profundo análisis que hasta ahora se ha publicado sobre el actual movimiento independentista catalán. No se trata de una crónica sino de un estudio basado en una muy abundante bibliografía, con más de un centenar de títulos referenciados. Es una vivisección, en vivo y en directo, de las auténticas entrañas de un fenómeno político y social que, como relata el propio Burgaya, “ha actuado en los últimos años de manera casi hegemónica en Cataluña, ganando elecciones, ocupando las calles, estableciendo la agenda política y mediática e imponiendo su discurso como cuasi único”.

En este libro Josep Burgaya tiene el acierto de reflejar con lucidez las principales características ideológicas, políticas y sociales que definen al actual movimiento separatista catalán. Doctor en Historia Contemporánea por la UAB y en la actualidad profesor titular de los grados de Periodismo y Comunicación Audiovisual en la Facultad de Empresa y Comunicación de la Universidad de Vic (Uvic-UCC), en este análisis Burgaya hace especial énfasis en el uso sesgado de la historia y en la construcción de sus propios mitos como elementos en los que el independentismo catalán basa su discurso, que ha logrado convencer a más de dos millones de ciudadanos de Cataluña, entre otras razones porque ha contado y cuenta con un muy potente y variado aparato comunicacional a su servicio.

Aunque entre interrogantes en el subtítulo, la conclusión de Burgaya es clara: el actual nacionalpopulismo catalán es una especie de peronismo de clases medias. Un movimiento que ha permitido a la que fue gran fuerza hegemónica del catalanismo, la pujoliana *Convergència Democràtica de Catalunya (CDC)*, no solo reconvertirse, pasando de su primigenio nacionalismo pragmático, al independentismo, sino que lo ha hecho tanto para distraer la atención de la gran crisis económica y social de 2008 como en un intento más de ocultar de tramas de corrupción política acumuladas en sus muchos años de poder cuasi absoluto en Cataluña. Todo ello le ha permitido llevar al separatismo, en muy pocos años, a convertirse en una amplia, muy diversa y en muchos casos incluso contradictoria minoría mayoritaria en el conjunto de la sociedad catalana.

Lo ha sabido hacer mediante el uso de un relato sugerente sobre todo en una situación de gravísima crisis económica, aunque algunas de sus muchas medidas de gobierno contribuyeran a acrecentar la gravedad de las consecuencias de dicha crisis, con recortes austericidas en algunos de los más básicos servicios públicos, como sanidad, educación o dependencia, entre otros.

Josep Burgaya demuestra y denuncia la ocupación casi exclusiva del espacio de comunicación catalán por parte del independentismo, sobre todo a causa de la instrumentalización sectaria

del poderoso aparato mediático de la Generalitat, con TV3 y Catalunya Ràdio como sus principales buques insignia. El relato del independentismo, difundido de forma tan insistente como eficaz a través de estos y otros medios públicos y privados, se retroalimenta constantemente, en una suerte de circuito cerrado que vaticina para Cataluña un ilusionante futuro de progreso y libertad. Y todo ello se articula mediante una dialéctica basada en la identificación amigo-enemigo --esto es, Cataluña--España--, jugando con el victimismo como gran poder cohesionador e identitario.

En este libro Josep Burgaya señala también la capacidad que han tenido los dirigentes del independentismo catalán, con el experiodista Carles Puigdemont a la cabeza, de construir una realidad imaginaria que tiene poco o nada que ver con la verdadera realidad de la sociedad catalana. Para ello, sostiene Burgaya, han creado y utilizado conceptos y lenguajes propios, empleando las redes sociales como principal elemento de movilización transversal, sin olvidar el fácil recurso a la posverdad, la identidad supremacista y las pulsiones más o menos totalitarias.

¿Es el actual movimiento independentista catalán “un peronismo de clases medias?”. Burgaya, en este plantea el interrogante. A mi modo de ver, acierta en su diagnóstico, aunque, como él mismo argumenta, se trata de algo mucho más moderno, con acopio de elementos tan variados como algunos fenómenos del nacionalpopulismo latinoamericano de izquierdas, del nacionalpopulismo de las derechas extremas europeas, de los brexiters británicos o del trumpismo estadounidense.